

LA CUENCA DEL ALMONTE Y SUS AFLUENTES. BREVES NOCIONES ETNOGRÁFICAS

MIGUEL URBANO ROBADO MARISCAL

LICENCIADO EN GEOGRAFÍA E HISTORIA

INTRODUCCIÓN

La cuenca fluvial del Almonte y de sus afluentes principales constituyen un entorno que no ha sido significativamente alterado por el hombre y que por ello a día de hoy mantiene un excepcional estado de conservación, permitiendo, no sólo la continuidad de los usos agrícolas y ganaderos tradicionales, sino la convivencia de estos con la fauna y la flora autóctona; todo ello alrededor de un río que aun mantiene libres sus aguas en sus ochenta kilómetros de longitud.

Todo este entorno engloba una serie de valores naturales que necesariamente han de ser conservados, tanto por su indudable valor ecológico, como por lo que tienen de factor de identidad para la zona y sus

gentes. Así, podríamos estar hablando de valores arquitectónicos, faunísticos, de flora, y otros más relacionados con las actividades humanas, con sus usos, con sus tradiciones y supersticiones, con sus maneras de relacionarse, y en definitiva, con sus formas de vivir y subsistir.

La historia de esta amplia zona no se entendería sin la presencia casi permanente, no sólo del Almonte, sino de otros ríos como el Tamuja, Tozo, Magasca, etc. en la vida cotidiana de sus pobladores, y de hecho, en torno y cerca de sus cuencas podemos observar asentamientos humanos que constituyen no sólo un legado a estudiar, sino un signo claro de la importancia del río en el desarrollo de las colectividades ya desde el Calcolítico Inicial.

Como consecuencia de ello ha quedado en la memoria de las gentes todo un legado de tradiciones que han conformado una manera de vivir que se ha ido adaptando a nuevos tiempos conservando lo esencial, sobre todo en los territorios más apartados de las principales vías de comunicación, lo que se dio en llamar “aguijones” en tiempo de repoblación cristiana. Así pues, el río ha conformado un paisaje propio como resultado de la simbiosis entre él y el hombre que lo ha habitado, explotado y sostenido, y de ello nos ha quedado no solo el legado visible: molinos, pasaderas, etc., sino todo un legado cultural que a día de hoy, y a poco que rasquemos en el porqué de las cosas, encontraremos en multitud de tradiciones en los pueblos del entorno.

Es lo que se pretende relatar en este breve trabajo, aquellas manifestaciones que gobernaban y gobiernan la vida cotidiana de los habitantes y sobre las que giraban y giran sus vidas y los ciclos a los que se adaptan conformando un “paisaje cultural” propio

EL CICLO AGRARIO.

Era sin duda el ciclo más importante, el que influía sobre los demás por su carácter definitorio en la economía de la población. Basado en la siembra y recolección de cereal y en el pastoreo extensivo de ganado ovino, caprino, vacuno y de cerda, se puede decir que

este ciclo comenzaba con las tareas de preparación de la tierra para siembra. Se barbechaba en enero realizando tres labores diferentes, una primera o “alza”, una segunda o “bina” y una tercera o “tercia”, cada una de ellas separada por un mes, para posteriormente sembrar a inicios del otoño y recolectar cuando el grano tomaba sazón allá por los meses Mayo y Junio, tras hacinarlo se comenzaba la trilla y se recogía el fruto, que generalmente era almacenado en las trojes de los doblados, donde quedaba separado según su tipo.

En la Vida cotidiana.

Este ciclo agrario era el “esqueleto” de la sociedad, y en torno a él y a sus tareas, se ordenaban todas las demás actividades de la vida, tanto aquellas que tocaban a los acontecimientos personales, como las propias de fiestas o celebraciones.

Así, es perfectamente comprobable como la gran mayoría de los matrimonios se celebraban durante el mes de Septiembre, es decir, cuando recogido el grano de la cosecha de ese año, aún no se había comenzado a realizar las tareas de barbecho del siguiente; aprovechando este periodo de baja intensidad agraria para celebrar las bodas. De este hábito se desprende por lógica otro fenómeno curioso que supone que los nacimientos se acumulen por general en dos o tres meses del año.

Y en la base de cualquier matrimonio entre

campesinos encontraremos la dote con las que ambas familias pretendían que la nueva sociedad echara a andar. Es significativo consultar las “hijuelas” o relaciones de lo que se les proporciona a los recién casados, desde la obligada matanza para el consumo de casa y un número determinado de costales de grano para harina, hasta aperos de labranza, animales, utensilios para la casa, ropa u otra clase de objetos.

Esta influencia de las tareas del campo, se documenta en otros actos cotidianos, así queda constancia en algunas actas de defunción, que los entierros en determinadas épocas del año agrario, se celebraban a las seis de la mañana, sobre todo los referidos a recién nacidos, de tal forma que se adaptaban a las tareas que posteriormente habría que hacer, celebrando primero el acto religioso a hora temprana para que los hombres pudieran estar dispuestos a la hora de la amanecida.

La **muerte y el nacimiento**, eran actos obligados que se asumían como inevitables y que se habían de adaptar a un ciclo que no era posible detener. No es caprichoso el mayor protagonismo y presencia de las mujeres en estos dos acontecimientos. La mujer era una parte esencial en el mundo agrario, constituía la base sobre la que sustentaba una familia por lo general numerosa, y se erigía en la administradora de los bienes que la unidad producía. Era por ello la parte “fija” de la casa, los hombres trabajaban buena parte de año

fuera de ella, de ahí que la presencia de la mujer en estos acontecimientos fuera más importante que la del hombre, y su protagonismo en la ejecución de las tareas que estos generaban, mayor.

La presencia de parteras en las aldeas ha sido siempre visible. Mujeres maduras o ancianas a las que la propia experiencia les fue enseñando, y que extendían sus saberes en otras disciplinas como la colocación de huesos o la curación del “deslomamiento” a base de pisar la zona con los pies descalzos. Estas mismas mujeres eran las encargadas de aconsejar a la parturienta en la crianza de su hijo, así como de aplicar remedios naturales para algunas enfermedades del recién nacido.

Y en la muerte, en todo lo que la antecedía y en el proceso necesario de preparación del cadáver, así como en el rito funerario del duelo, la mujer seguía manteniendo el protagonismo. Ella era quien había cuidado al enfermo y quien ahora vestía y adecentaba el cadáver. Ella era también quien ejercía el duelo visible ante el resto de la comunidad, quien dirigía y encabezaba los rezos y plegarias y quien posteriormente se encargaba de mantener vivo el recuerdo del finado con el cuidado de las tumbas. Mientras, el hombre se constituía en espectador silente, ejecutor de tareas físicas y en controlador de un llanto que no podía demostrar en público.

Toda la comunidad participaba de una mane-

ra u otra en el rito, y a toda ella se convocaba con el doblar de campanas, tanto a los que estaban en la aldea, como a aquellos que trabajaban los campos cercanos, utilizando por otra parte, en el caso de muerte de niños, una campana más pequeña.

Por otra parte, la **enfermedad** en el medio agrario, no suponía sólo una dolencia física, sino que, sobre todo en el caso de los varones en edad productiva, significaba una merma de producción, y un miembro improductivo no era sino una boca más a alimentar. A ello se sumaba el coste adicional del tratamiento médico, así como la dedicación de otra persona en sus cuidados con la consiguiente dejación de otros quehaceres.

Y para ello aquella sociedad agrícola había regulado sus defensas, un sistema de tal forma que aquel miembro de la aldea que enfermaba y no podía ejercer su trabajo, era socorrido por el resto para que al menos no le faltase el alimento necesario y cotidiano. Así, cada una de las familias solía aportar alimentos a la familia necesitada, creando un banco solidario que solventaba las carencias de quien lo precisaba hasta que la situación del enfermo mejoraba. Cuando la enfermedad concluía en muerte, la ayuda se volvía a dar ahora a la viuda, si bien más en forma de dinero y en proporción a la economía de subsistencia que imperaba.

Aún a día de hoy, en algunas aldeas de la

cuenca del Almonte, se sigue conservando esta tradición ya afortunadamente desposeída del carácter de necesidad de antaño, pero que sí supone un hermoso recuerdo de lo que fue una red solidaria.

Y lo agrario se evidenciaba así mismo en el sostenimiento por parte de las **comunidades de sus iglesias y de sus sacerdotes**; y atendiendo a la riqueza del terreno del que se mantenían los aldeanos, dependía así mismo la bonanza económica o la miseria de los templos y los curas.

Las cuentas de fábrica constituyen en este sentido una fuente valiosísima de información por cuanto en ellas queda expresada claramente la administración del templo y el aporte de los vecinos en razón de la producción agraria y de la bonanza del año. Así por ejemplo, en las cuentas de fábrica correspondientes a los años 1.761 y 1.762 en la villa de Marta, se hace constar un cargo de 280 reales de vellón correspondiente al diezmo de frutos, así como aportaciones más humildes que ofrecían pastores trashumantes de la zona.

Por otra parte, los propios vecinos de la aldea, atendiendo cada uno de ellos a sus posibilidades y a la producción que generaban, aportaban sus productos para el sostenimiento del recurso espiritual; así, constan en las citadas cuentas de fábrica partidas tales como: treinta reales de vellón por un lechón, nueve reales por miel, cuarenta reales de garbanzos, ochenta

por medio becerro o cinco reales de lino.

Así, en estas cuentas quedan recogidos los años de escasez, incluso en el impago de impuestos en especie que algunas villas estaban obligadas a proporcionar al monasterio de Guadalupe: “ dos fanegas del grano de mejor cosecha”, y que a la larga devenía en deterioro del propio templo y en la pobreza extrema del clérigo.

También el **juego** estaba imbuido del carácter agrario que lo rodeaba y constituía en muchos casos un entrenamiento sobre tareas que se veía ejercer a los adultos. así era común jugar con pequeñas horquillas fabricadas con ramas de encina, a modo de vacas y con las que se trataba de realizar las tareas propias de las yuntas vacunas, o bien fabricar piaras de cerdos con bellotas aún verdes y palitos a modo de patas.

La escasez de juguetes jugaba a favor de la habilidad, de la imaginación y de la utilización como tal de los objetos cercanos. De esta forma se utilizaba el astrágalo del cerdo a modo de dado de cuatro lados en el juego del “verdugo”, se fabricaban las propias canicas usando zonas de barro rojo o se jugaba a la “tarabita” con una estaca a modo de bate y otra pequeña a modo de pelota. Incluso la propia ceremonia de inicio de un juego propio de la villa de Marta, “la zorra”, en el diálogo entre el que se la queda y los demás participantes, está repleto de connotaciones del medio: “¿Hay zorras?”. “Muchas y gordas”. “¿Hinco la red?”. “La

hinque usted”.

Esta sociedad creó y mantuvo así mismo una forma de **alimentación** propia y adaptada a lo que el medio proporcionaba y de la que no era ajena la presencia del río y de sus afluentes. Así, era frecuente durante los veranos, la presencia de pescadores de río que utilizando trasmallos, cañales o aprovechando los canales de los molinos, pescaban sobre todo barbos y anguilas, que luego vendían pregonándolos por las calles de los pueblos a lomos de sus burros.

Estos mismos procedimientos de pesca han sido tradicionalmente utilizados por los habitantes de la cuenca fluvial del Almonte, sobre todo la pesca “a mano”, esto es, aprovechando el “encueve” de los barbos bajo de las lanchas del río durante las horas de más calor del día, dos o tres hombres, les cortan las salidas y van pescando con sus manos a los peces “encuevados”.

Otra técnica era los “cañales” o jaulas fabricadas con cañas o retama, o bien utilizando un saco de esparto grueso al que se le aplicaba en la boca un aro de retama, y que se colocaba a contracorriente en zonas donde el paso del agua se estrechaba naturalmente o mediante la mano del pescador.

También era frecuente otro tipo de pesca más expeditiva utilizando una planta silvestre, el gordolobo o verbasco, que secada y envasadas en sacos de esparto, era pasada por el agua del charco hasta narcotizar a

los peces que entonces eran recogidos sin dificultad. Este mismo procedimiento se podía hacer utilizando cal.

Y en este mismo apartado, no se puede obviar la importancia capital del río en la transformación del cereal. La utilización del agua encauzada para la molienda del grano recogido, sembró de molinos la cuenca del Almonte, molinos que aún están presentes, si bien algunos de ellos en pésimas condiciones, pidiendo sin duda una intervención de los poderes públicos. Estos molinos, al transformar el cereal en harina, no sólo garantizaban la fabricación de un alimento tan esencial para la dieta agraria como era el pan, sino que se constituían en pequeños motores de desarrollo para la zona, por cuanto eran lugar obligado para un buen número de productores en kilómetros a la redonda, lo que suponía un movimiento económico no sólo para esta industria, sino para las aldeas cercanas al molino. A la vez, la presencia de un molino obligaba a la creación de caminos de acceso hasta él, y caminos no sólo de herradura, sino de anchura suficiente para carretas, y provenientes de ambos márgenes del río, por lo que inevitablemente, el molino se constituía en la razón por la que ambos márgenes acababan unidas a través de los caminos trazados y de los vados o puentes, o en su defecto, utilizando barcas destinadas al paso de hombres y animales de una orilla a otra.

Y en una sociedad agraria como la que nos ocupa, hablar de **alimentación** es hablar del animal totémico por excelencia, el cerdo, que por cierto, no sólo de bellota se alimentaba, sino que en su dieta también tenía una importancia notable el mejillón de río, que los animales buscaban en sus incursiones fluviales, sobre todo en tiempo estival, cuando la comida escaseaba y este producto complementaba la dieta porcina, aprovechándose del bajo nivel de las aguas.

Y si hablamos del cerdo hablamos de la **matanza** como acontecimiento anual fundamental, todo un ritual cargado de sentido práctico que unía en un mismo acontecimiento lo social, lo alimenticio y lo festivo.

Ya desde el día anterior, la familia y todo su círculo de relación, preparaban lo necesario para el guiso de la carne, tanto utensilios: embudos, piques, artesas, etc, como condimentos: sal, ajos, pimienta, orégano, aceite... y finalmente se cocían las patatas y se "echaban" las migas. Todo ello constituía un motivo de reunión para toda la familia y vecinos además de un entramado de ayuda mutua que nunca fallaba, cada familia recibía el apoyo de las demás a la hora de preparar el acopio de alimento para todo el año.

Se sacrificaba el animal a hora muy temprana, generalmente antes de clarear el día, posteriormente se procedía a la "chamusca" con escobas, y tras este proceso, se abría el cerdo y se descuartizaba. Era usual

que corriera el aguardiente durante estas faenas, pues era trabajo de hombres, y por ello tiene su razón de ser el sacrificio del cerdo a hora tan temprana, pues, una vez concluidas estas tareas, los hombres marchaban a las faenas del campo y dejaban ya el paso libre a las mujeres, quienes comenzaban por limpiar los intestinos, llenar y cocer las morcillas y escaldar patas y orejas. Mientras dos o tres hombres se quedaban para picar a tijera la carne, separando lo magro para chorizos, de lo gordo o graso para patateras, constituyendo el “llenado” del embutido y su posterior cuelgue en los doblados, el último proceso de la matanza.

EN LA ARQUITECTURA POPULAR.

La arquitectura popular de los pueblos de la cuenca del Almonte se explica y tiene sentido si atendemos al ciclo agrario. Las viviendas se conformaban en razón de este: amplios y austeros zaguanes, alacenas, espaciosas chimeneas, solados de pizarra, escaleras anchas de acceso a doblados preparados para almacenar el grano, y en la parte de los anejos, cuadras y tinados para los animales de labranza que casi siempre disponían de un ventanuco, cercano a la chimenea, mediante el cual se podía vigilar al ganado sin necesidad de salir de la vivienda.

Y como se citaba anteriormente, los doblados no eran sino el lugar de almacenamiento del grano, primer

piso de la vivienda rural que presentaba cubierta denominada de “teja vana”, y que además se utilizaba como lugar de curación de todos los productos de la matanza del cerdo. Para ello, se podía observar en buen número de viviendas un ventanuco practicado en el encañe de la chimenea, que podía ser abierto o cerrado a voluntad con la finalidad de dar paso o no al humo del fuego, y así favorecer la curación de los embutidos.

En la ubicación de los anejos en la vivienda influía sobre todo la importancia de esta, ya que si en las viviendas de mayor nivel económico estos anejos se disponían en la parte trasera de la misma con acceso independiente y un volumen constructivo considerable; en aquellas otras de más humilde construcción, los anejos eran más reducidos y en muchas ocasiones su acceso era el mismo que el que se utilizaba para la vivienda.

Estos anejos, nacidos para dar respuesta a las necesidades de una economía agraria, también albergaban lo que se puede definir como complementos de esta economía, tales como gallineros o zahúrdas, que si bien en un primer momento se adosaron a las otras construcciones de la propia casa, con el devenir del tiempo fueron saliendo de los núcleos de población para pasar a conformar auténticos cinturones fuera de las aldeas, sobre todo en lo referido a las zahúrdas, hecho este que aún a día de hoy es perfectamente visi-

ble en muchos de nuestros pueblos.

Y si a materiales de construcción nos referimos, es notoria la influencia del medio sobre estos, sobre todo en determinadas zonas donde tradicionalmente las comunicaciones han sido dificultosas y por ello las soluciones era necesario buscarlas en aquello que te rodeaba. Así, es frecuente en la zona del Tamuja y Magasca, la utilización de encinas como vigas principales de las casas, y no digamos de pizarra, trabajada de diferentes formas para diferentes funciones: como mero material de mampostería, como dintel, como ensolado, como zócalo, como brocal de pozos, etc. Otros materiales también eran extraídos del medio cercano, como el adobe o la tapia, que aún a día de hoy es visible en muchos de los pueblos del entorno del Almonte, apareciendo perfectamente combinados con la piedra en los mismos muros.

Y en una arquitectura tan apegada a la tierra como la arquitectura práctica de monte: corraladas, zahúrdas, gallineros... la escoba, la pizarra y la encina, se mezclaban perfectamente confundiendo con el medio a la vez que facilitando el trabajo al hombre, tanto por su proximidad, como por la versatilidad de su uso y por la facilidad con la que se podía renovar.

Este mismo sentido práctico y estos mismos materiales nos los encontraremos también en la arquitectura a pié de río, si bien en algunos casos con la irrupción de algún otro material como la cal o el granito. Es lo que

ocurre en los molinos de río, construcciones con mejor traza y remate que las relacionadas anteriormente, y que constituían – como ya se relató – un foco de progreso en su zona de influencia, además de un reclamo para la aparición de otras construcciones como pesqueras o puentes.

EN EL HABLA DEL PUEBLO

El habla en zonas agrarias, y sobre todo en zonas que secularmente han sido de difícil acceso y por ello han mantenido escasa relación con el mundo exterior, ha conservado términos, giros y expresiones arcaicas, o bien ha tendido a generalizar barbarismos tomándolos como propios. Lo cierto es que el lenguaje, sus giros, expresiones o “perversiones”, definen muchas veces no sólo zonas determinadas, sino modos de vida, como es el caso. Y a modo de muestra, iremos desgranando algunos de estos términos y sus significados.

Así, podemos referirnos a términos que hacen referencia al terreno: cuando algún lugareño hable de “cencío”, se estará refiriendo a una tierra reservada en la que no ha entrado ningún animal desde hace tiempo; o bien se referirá a un barrizal con el vocablo “bechinal”, o nombrará un reguero pequeño de agua de manantial, con el nombre de “berberillo”. Por otra parte, al cereal rebrotado tras la siega, se le denomina-

rá “panizo”, y un “jonche” o “zonche” no será sino un agujero cavado en la tierra.

Cuando alguien hable de “camisa”, posiblemente no sólo se estará refiriendo a la prenda de vestir, es muy posible que haga alusión a los restos vegetales que una crecida deja en un cauce de agua ; o cuando se refiera a “fuéllega”, estará haciendo referencia a lo escarpado de un terreno.

Hay otros términos que hacen referencia a **animales**, a su estado o a sus cualidades. De este modo, el término “beche” es empleado para referirse a una cría de asno, animal este al que se suele aplicar también el calificativo de “censo”, para definir su pasividad o lentitud, y si se habla de “berria” , lo haremos para referirnos a una oveja.

Otro animal sobre el que se dan calificativos a reseñar, es el cerdo, al que se suele aplicar el término “cerandón” para definir aquel que no está cebado del todo, sino a medias carnes. Sobre este animal se aplica también el término de “malandar” haciendo mención de aquellos animales que , a medio cebo, corren de encina en encina tras las bellotas caídas, y también el de “aberracar”, referido a la acción de fecundar el macho a la hembra, así como el de “bergajera” para definir el pene del cerdo y “cagalá” para nombrar el conducto por el que defeca. Por otra parte, a los cerdos de corta edad se les conoce como “chenes”. También, y casi siempre utilizado para el animal de cerda, se llamaba

“cotoso” al de menor tamaño y peso y de aspecto enfermizo.

Con respecto al pelo de algunos animales se aplican términos como “calero”, para animales de color ceniza, o “bardino”, para aquellos que presentan algún tipo de rayado. En el caso de los gatos, a los que presentan este tipo de pelo se les denomina “roaos”

Otro término utilizado para definir la hinchazón de vientre en los animales, o bien sentirse con este ocupado en las personas, es el de “aupao”, como también se denomina “espuncia” a cualquier úlcera en las cabañerías, se conoce como “escacío” al animal de escaso crecimiento o se dice que está “espeao” cuando tiene dolor en las pezuñas por haber caminado demasiado.

De una hembra animal que ha perdido la capacidad de dar leche por un pecho, se dirá que está “mamia”, y a la vagina se le nombrará como “natura”.

De un animal que comienza a sentir los dolores de parto, se dirá que “anda de raleo”, mientras que citaremos como “rincallo” a un asno mal capado o con un solo testículo, y de una gallina con capa ceniza y pintas blancas, diremos que es “zarabía”.

También se dan denominaciones diferentes para animales conocidos, así, al herrerillo común se le conoce como “bubinchín”, al rabilargo como “rabúo”, a la araña como “burgaño”, a la polilla como “calenturón”, al avefría como “aguanieve”, a la lavandera como “churubía”, a la alondra como “coguta”, al

barbo como “picúo”

Otras palabras se refieren a las **personas**, a sus cualidades o estados de ánimo. Se denomina “carcunda” o “andoga” a la persona astuta o taimada, o “caganía” a aquella otra miedosa y pusilánime, y se califica como “calamorro” a quien es terco y obstinado, a quien también se le puede definir como “calambuco”. En cambio, a alguien vivaracho y locuaz, se le citará como “salivita”.

Cuando se habla de “arreclicle”, se estarán refiriendo a una persona de escasa condición física e irritable, y de otra asustadiza, se dirá que es un “arrutao”. Otros calificativos utilizan objetos para definir a las personas, así “chambrón” definirá a una persona zalamera y a la vez paciente, mientras que si es un “cenacho” la calificaremos de torpe, si es extremadamente callada y reservada, diremos de ella que es un “bujo”, y hablaremos que está como “un bejino” cuando le veamos con el rostro rojo por cualquier causa.

Una persona “despercuía” es aquella que tiene la tez clara y limpia, a alguien resabido se le califica como “contuso”, mientras que “cotral” es una persona bruta e irracional y “ciriero” era cada uno de los dos acompañantes del novio en la boda.

Si pretendemos referirnos a otros estados en las personas, diremos por ejemplo que si alguien está “enteleerío”, es que anda encogido y con escaso movimiento, si es desastrado en el vestir, que es un “farragua”,

y si está “jalamia”, será una persona hambrienta, calificativo que también se usa para los animales.

Para referirse a un grupo indeterminado de personas se utiliza el término “alabán”

En cuanto a las acciones, también es amplio el vocabulario particular de la zona: se dice “lardina”, “chamiza”, “jalabarría” “zalagarda” o “chacuesca” para definir un daño material, “abaté para calificar una acción que ha estado a punto de suceder, “agilar” refiriéndose a la acción de dirigirse a algún sitio, “ajuncar” para determinar que alguien está insistiendo en algo o “dar calda” para explicar que alguien está cansando por su comportamiento.

“Añurgár” es atragantarse, “antea” es sinónimo de dentera o repelús, “apitío” no es sino un grito o sonido muy agudo, hacer “escorrozos” es hacer muecas en señal de asco de algo que se toma y cuando alguien expresa no saber ni “brenca”, no está sino afirmando que no sabe nada de nada.

Cuando se “atarangalla” se estará procediendo a separar la leña gruesa de la fina en la poda de encinas, y cuando se percibe un mal olor se estará hablando de un “apestó”. Hablar “de queo” es hablar en voz muy baja y si hablamos de “tamear”, nos estaremos refiriendo a calcular a ojo un peso o cantidad.

Cuando alguien habla de tener “mala cochura”, se está refiriendo a que siente algún malestar físico, y para significar que una herida está cicatrizando, se

utiliza una acepción arcaica: “encorar”.

Si alguien se está “enmoreciendo”, estará tardando mucho en realizar una acción determinada; o cuando se le quiere “entangar”, se estará haciendo intención de pillarle para ajustarle una cuenta pendiente.

A la acción de espantar la caza para que entre a los puestos de los cazadores, se le llama “jotrear”, mientras que a la que se realiza con el ganado cuando se le muda de un lugar a otro, se dice “jorrear”

La terminología con respecto a **objetos** es también rica. Así, “caramancho” es una estaca de dos metros con ramas clavada en el suelo a la entrada de los chozos, que sirve como percha. A la horca fabricada de madera y utilizada para aventar el grano, se le llama “bierna”, y “bardina” a la red de esparto que se colocaba en las carretas de vacas para sujetar la paja en el transporte.

Al instrumento utilizado para varear las encinas, compuesto por dos palos largos, uno más grueso a modo de mago, y atado a este una vara más fina con la que se golpea el árbol, recibe el nombre de “marco”, y a su vara más fina se le llama “rabil”. A un hacha se le llamará “segurón”, “tajarria” a la cinta de cuero que fija el aparejo de las caballerías a la cola de estas, y “roan-gla” al aro con el que juegan los niños.

Con el término “achiperre” se suele definir a objetos de escasa utilidad, una “chosca” no es sino una hoguera y “deiles” eran las protecciones de cuero para

los dedos utilizados por los segadores.

Cuando a una caballería se le coloca sobre el lomo una manta vieja para colocar encima la montura o aparejo, estaremos poniendo el “enjarmo”, y si le colocamos una aguaderas, cada uno de sus compartimentos será un “jaque”.

No relacionado con objetos, pero si con construcciones, podemos citar términos como “morilla”, con el que se definía a la piedra vertical sobre la que se hacía el fuego, “burdiajera” o “burdiera”, ventana de cobertizo o pajar por la que se entraba la paja, o “jumero”, palabra con la que se denominaba a la parte de la pared ennegrecida por el humo del fuego.

Otros términos a citar son aquellos referidos a juegos infantiles. “nabero”, “tintajerrera”, “tarabita” o los relacionados con vegetales: “acerrajas”, “abriores”, “argañas”, “ajumas” o “aragüelles”.

Por último, merece hacer mención de algunas de las expresiones de la zona que a día de hoy siguen utilizándose. Así, sustituyendo a la expresión “con tal de”, se utiliza “a troque de”; para decir que una acción se ha desarrolla inmediatamente, se dirá que tiene lugar “en el inte”, y si decidimos que alguien ha comprendido la esencia de un pensamiento o sentencia, diremos que ha sacado “el sergo”.

El término “liquiamente” suele emplearse como sinónimo de “solamente” o sustitutivo de la expresión “nada más que”, mientras que si alguien lanza algo a

“repatajuña”, lo estará lanzando al aire para que lo recoja quien llegue primero.

EL CICLO FESTIVO.

El ciclo festivo, como no podía ser de otra forma, se estructuraba y adaptaba al agrario, tanto en lo que eran las fiestas de carácter religioso, como aquellas otras de marcado matiz profano, casi todas ellas dando sentido a los inicios o a la finalización de procesos agrarios o de estaciones. Un buen ejemplo de esto último lo constituían las fiestas de fin de cosecha. Una vez segado y recogido el grano, la cuadrilla de segadores de un mismo corte, junto con el dueño de la cosecha, celebraban la finalización de esta con un frite para todos ellos regado con abundante vino. Era lo que en algunas localidades se denominaba “el toro”, posiblemente por ser inicialmente un ternero el sacrificado para el frite.

Las bodas también se podrían entender como celebraciones de este tipo, pues en su inmensa mayoría se celebraban tras la finalización de la cosecha, y en ellas se concluía con lo que se denominaba “el baile de la daga”, que no era sino un ofertorio profano mediante el cual, al son de los músicos y en la plaza pública, la pareja obsequiaba a todo el pueblo con dulces típicos, mientras sus paisanos iban dejando el dinero que consideraban como regalo de boda.

Los carnavales, tras la cuaresma, pasado el invierno; se erigían en fiestas de primavera, y como tales solían ser coloristas, vistosas y participativas, contando además con el protagonismo fundamental de los jóvenes. La **vaquilla** constituía el rito principal del carnaval. Muy similar a la “vaca tora” de las “Carantoñas” de Acehuche; estaba fabricada con un cuerpo central realizado mediante una tabla rectangular forrada de tela roja, rematando uno de sus extremos con una espectacular cornamenta, bien de toro o bien de macho cabrío, mientras del otro extremo, y a modo de cola, se hacía colgar un rabo también de macho cabrío. La vaquilla, portada sobre la cabeza de uno de los quintos del año, era acompañada y protegida durante todo el día – martes de carnaval – por los demás quintos convenientemente ataviados: caras tiznadas, porra de vaquero, zajones de cuero y gorro. Eran “los vaquilleros”, y tenían por misión evitar la deshonra que supondría que cualquier paisano, ajeno a ellos, les hurtase la vaquilla o cualquier otro elemento; para ello no dudaban en emplearse a fondo con sus porras. Y en las continuas correrías, la cantinela de siempre: “Al primer baile que echó, la hija de la vaquera, se le cayeron los trapos, que llevaba en la pechera. Pero mira como baila esa vaquera, Que se mete entre los toros y no se menea”. Cuando el sol comenzaba a ponerse, la vaquilla era llevada a las afueras y “matada” de una perdigonada,

era el fin del rito.

Además el carnaval mantenía otras dos tradiciones, las corridas de cintas y las corridas de gallos. Para ambas era necesaria la presencia de caballos y de jóvenes, tanto unos como otros perfectamente engalanados, y en un segundo plano, la mujer, como destinataria de la cinta recogida con agilidad por el joven, quien, mediante este presente, le hacía ver sus intenciones de noviazgo, a la vez que la aceptación o el rechazo de la cinta por parte de la mujer, le dejaba clara sus posibilidades de éxito.

Ligadas y entrelazadas con estas fiestas de carnaval, estaban aquellas otras que pudieran ser consideradas de "iniciación", esto es, de las que cada año era protagonista la generación que "entraba en quinta", los quintos, quienes de esta forma se presentaban en sociedad y asumían el rango de adultos consumiendo las mismas ceremonias que sus mayores habían celebrado. Este paso suponía una consideración especial para el joven, que era admitido en igualdad de condiciones por su entorno adulto, tanto femenino como masculino.

El rito de los **quintos** se iniciaba el día ocho de Diciembre, festividad de la Inmaculada Concepción, era lo que se denominaba "entrada en caja" o inicio del año durante el cual el joven se iba a incorporar al servicio militar. Era la primera toma de contacto de la quinta, y era tradición la fabricación de grandes pan-

deretas de piel de gato o de otro animal, que eran tocadas por todos los miembros. A la par, eran constantes las rondas de los quintos por todas las calles del pueblo durante todo el día y durante toda la noche anterior al día ocho, cantando múltiples canciones de quintos y yendo y viniendo a la gran hoguera alrededor de la cual se solía pasar la noche.

El siguiente paso de una quinta era el "talleo", medición de la altura de los quintos que se realizaba en el Ayuntamiento y que venía a constituir una fiesta más sosegada y familiar. Acto al que acudían, tanto los protagonistas como los padres de estos, con sus mejores galas.

Y por último, el acto final era el del sorteo. El día y la noche anterior, vuelta a las rondas cantando por la aldea y a las conversaciones en torno a la gran hoguera acompañadas por abundante vino y alguna que otra gallina preparada de algún gallinero cercano. El día siguiente era tiempo de espera. Los padres acudían al sorteo a la capital y volvían cada uno con la suerte de sus hijos

El ciclo festivo **religioso**, superpuesto en buen número de casos a fiestas profanas de inicio o fin de ciclo agrario, presenta en esta zona una fecha peculiar que de alguna manera la unifica.

La fiesta de "Las Purificás", celebrada en varias localidades el día de Las Candelas, dos de Febrero, conmemora la purificación de la Virgen al presentar a su hijo

en el templo, y viene a coincidir con la finalización del invierno y el inicio de la primavera. Tanto la escenificación como el ritual y el canto es muy parecido en los diferentes casos. Esta misma tonada con letra diferente, es utilizada en algunas localidades para escenificar el Domingo de Resurrección, el encuentro entre Jesús y María.

Otra de las conmemoraciones religiosas de la zona ha sido la que se celebra 60 días después del Domingo de Resurrección, el Corpus, tradición que arranca de la Baja Edad Media, institucionalizada por el papa Urbano IV, y que en toda la zona de influencia de la cuenca del Almonte se escenifica mediante altares que voluntariamente los feligreses realizan en las puertas de sus casas adornándolas con sus mejores telas y flores para que al paso de la procesión, todo el pueblo haga una breve parada para orar. Generalmente, la realización de los altares suele estar ligada al cumplimiento de promesas o al agradecimiento por algún favor concedido, y en cada uno de ellos se puede apreciar un cesto pequeño, en el que los vecinos irán depositando sus monedas con el fin de ayudar a la familia que ha realizado la ofrenda.

Esta misma dinámica es la que se suele seguir en otra de las ceremonias pseudoreligiosas de la zona: los ofertorios. Celebrados en los pórticos de las iglesias o al abrigo de los muros de estas, suelen ser fórmulas de recaudar dinero contando con la colaboración solida-

ria de los feligreses, quienes colaboran a base de productos que donan o fabrican.

Y la fiesta otoñal por excelencia, la que marca el inicio del ciclo del frío; es la de los santos y difuntos, que hasta hace no muchos años era celebrada con un ritual que consistía en el doblar de campanas durante veinticuatro horas de lo que se encargaban los niños del pueblo. Para ello, y en torno a una gran hoguera, durante toda la noche, se asaban los productos conseguidos mediante “la Chaquetía”, costumbre que consistía en solicitar casa por casa diferentes productos : membrillos, bellotas, castañas, etc.

No es todo esto que aquí se ha relatado, sino parte de un legado amplio, denso y riquísimo que nace con toda seguridad de la repoblación cristiana, y que se ha venido conservando hasta hoy en algunos casos con una pureza exquisita. De ahí que sea vital conservarlo sin alterarlo y sin convertirlo en espectáculo. El lenguaje de un pueblo no es sino expresión de su manera de ver las cosas , y en el caso de la zona de influencia del Almonte y de sus afluentes, este código nos ha llegado hasta hoy en un muy buen estado de conservación, quizás en paralelo con el gran río que la surca, como si de un símbolo se tratara.